

AÑO XVII.—NÚM. 5255.

9 DE DICIEMBRE DE 1878.

REDACCION MAYOR 24.

EL ECO DE CARTAGENA.

Lunes 9 de Diciembre de 1878.

LA GRAN JAUJA.

Cuento escrito sin I.

Cantan en la enramada las canoras aves; susurra el manso arroyuelo, serpenteando por la encantadora vega; asoma el Sol por Levante recostado en áureo carro; el mundo vuelve de su aletargador sueño; el mochuelo busca su agujero.

Todo esto terelato, lector amable, para dar á entender que el alba se acercaba; más claro, deseo expresar que empezaba á amanecer.

Haz cuenta que marchas por una vereda, hollando con tu planta el verde césped que orla sus contornos, saturándote con los aromas exhalados por fragantes flores, oyendo el canto de guerra del despertador gallo.

Andando, andando, llegas á ver un pueblo compuesto de un centenar de casas que blanquean cual palomas de tal color, cuyos humeros dan paso al humo que alguna madrugadora lugareña produce, preparando el almuerzo que su esposo ha de devorar en el campo.

Ya has observado todo esto, lector; sólo te falta ver un sujeto que marcha á tu lado, aunque no hayas reparado en él.

Lleva un traje raro por demás: sombrero alto, usado, gaban largo, abrochado hasta el cuello, pantalón estrecho de abajo como alma de justo, zapatos anchos cual corazón de pecador.

Toda su facha es la de un asno de pueblo, algo dorado.

Se llama Bartolo.

Mora en lugar cercano; hable, hecho creer que la aldea adonde va más es la de Jauja.

En ella se come, se bebe, no se trabaja; al que trabaja, le pelan, le rapan, le empañan, le dejan con un cuarto de capa.

— ¡Oh, qué placer! — exclama Bartolo, al encararse con la gran aldea de Jauja. — He llegado al eden de los enañeros, donde he de gozar todos los placeres envueltos en uno: no trabajar. El famoso Sancho Zancas, en su nunca bastantemente ponderado mando, no pudo apurar hasta las heces la copa de la holganza, cual yo la he de agotar en Jauja.

Llegó al pueblo; yate aguardaban los hombres, las mujeres, los mancebos, las mozas á la entrada del lugar; todos, á cual más agasajador, apresurándose á darle la enhorabuena por su llegada, le llevaron en volandas hasta la más suntuosa casa.

Durante algunas horas todos se

ar rebatan á Bartolo, jugando con él á la pelota por afán de agraderle; que á tal punto van los aduladores cuando esperan algun favor ó ventaja.

El bueno de Bartolo, que era el tonto más tunante que mujer mandó al mundo, no se apresuraba á conocer la causa de tales agasajos: su afán era comer, no trabajar; más creyendo haber logrado su objeto, sólo pensaba en dar á luz un tratado sobre los holgazanes.

Fueron pasando semanas; él en gordo como un cebon; pero cuando más ufano se hallaba, al creerse llegado á la meta de la grandeza humana, le regalaron el susto más estúpido que pueden ver las épocas presentes ó futuras.

Empero antes de contarle, hemos de aclarar las dudas que pueda formular el lector.

En aquel pueblo, donde Bartolo pensaba encontrar á Jauja, se esperaba á un gran señor que, en recompensa de votos para alcanzar un puesto en el Congreso, trataba de dar al pueblo un órgano, una torre con campanas, tres ó cuatro estancos de tabaco, ocho carreteras, cuarenta empleos de guardas; además, buenas cosechas durante setenta años; que todo esto, aun más, concede el que busca antes de alcanzar, porque después, órgano, torre, campanas, estancos, carreteras, empleos, cosechas, se reducen á las cargas ó recargos que para labrar la suerte del pueblo sea menester.

¡Qué fortuna para aquel lugar! Halagadora oferta! Comer, no trabajar! Todos señores, todos amos! Nada de pobreza! Nada de esclavos! Por esto el pueblo se llamó Jauja.

Mas como la época pasaba, pues Bartolo se hubo adelantado al señor, no dando señales de ser el que esperaban, muchos recelosos trataron de empujarle á su grata empresa.

En mal hora llegó el que labrar deseaba la fortuna del pueblo, pues al momento echaron de ver que no era Bartolo el redentor anhelado.

El otro, en cuanto llegó, daba profusamente un papel que no alcanzaban á entender los francos lugareños; al papel acompañó la moneda; todos se alegraron tanto que entre grande algazara le proclamaron señor de sus cuerpos y campos.

Fueron á buscar á Bartolo á su hospedaje.

Le preguntan, le amenazan, le ofenden; se aclara el engaño, le regalan la más senda tunda que apaleadores pueden dar, le condenan á muerte.

Era de ver lo apesadumbrado que estaba Bartolo, contando los segundos que de aletear le quedaban; hasta que un alma más blanda, que de su guarda curaba, le dejó escapar á favor de noche oscura.

Bartolo devoró el terreno que de su casa le separaba, llevando sólo en su traje la tela, que le tapaba el pellejo; llegó á su morada de rrengapá palos, muerto de hambre como debe suceder á la larga á todo el que se empeña en comer no trabajando.

El señoron ganó la empresa. ¡Qué pesar que no le echaran de Jauja á garrotazos, como á Bartolo! Porque tan holgazan era aquel como éste; solo que unos medran de un molo; otros de otro, aunque á la postre todos deben pagarla.

C. Scarlatti y Novella.

EL MOTIN DE LAS FLORES.

(CONCLUSION.)

Yo gimo al escuchar el áspero chirrido de la cortante podadera que os mutila, sollozo al ver que se lleva el carreton vuestro ramaje, cortado en la frescura de la juventud....

Estremeciéronse los rosales; como si al oírle sintieran renovarse las heridas abiertas por la mano del floricultor, y en su lenguaje, que para el viento es comprensible, apostrofaron al buen jardinero llamándole verdugo.

— ¿Qué hacéis ahí metidos en ese cajon? preguntaba el provocativo á unos guisantes de olor. — ¿No sentís deseos de revolotear al aire libre? ¡Pronto habeis olvidado que sois las matripilas de las flores! Eso quieren los que mandan.... Que haya tontos y cobardes que se dejen oprimir.

Así, de arbusto en arbusto; de mata en mata; iba el malandrín sembrando las semillas de la rebelion y el descontento, y al escurrirse por entre los bojés murmuraba diciendo: ¡Qué lástima! Si dejarán medrar á esos granillos... ¿Quién sabe? Acaso, acaso lograrían sobreponerse á los árboles mayores. Pero, ya se ve... á los grandes no les acomoda que los pequeños se les suban á las barbas, y por eso tratan de rebajarlos.

Esto despertó en los bojés ciertas ínfulas de grandeza y predominio que antes no tenían... ¿Por qué, se preguntaban unos á otros, por qué, si nacimos para ser grandes, nos hemos de contentar con ser pequeños?

La verdad es que para ser unos bojés, no razonaban del todo mal... y eso que algunas más trazas tenían de bolos que de arbustos treceaderos.

Agrestes madreselvas ontapizaban el ruinoso muro; el jardinero, á decir la verdad, habíales jugado una pasada maestra, impidiendo á las desgraciadas flores que obstruyeran el paso de un senderillo abierto á lo largo de la tapia; una cuerda tirante y sujeta con escarpías marcaban el limite que no les era permitido traspasar....

— ¿Qué veol... exclamó el perturbador,

pegando tal bufido, que hasta los troncos temblaron... ¡Qué veol! Las madreselvas! Mis valientes madreselvas atadas á una soga como los presidarios! ¡Estoes indigno! Antes que tolerarlo, debierais romper vuestras glándulas de oro, plata, y rubies... la muerte es preferible á la ignominia! Con menos hubiera sobrado para soliviantar á las montaraces madreselvas, que de suyo pecan de rebeldes.

Por último, el diablo se despachó á su gusto, encismándole todo y soplandole al viento cosas que nunca dijo ni dijera de motu proprio. Si el diablo no anduviera por medio, cuantos parlanchines perderian ó no hubieran adquirido su fama de oradores!

No quedó planta perdida, escamondada ó sujeta en canastillo; no quedó mata ni arbusto recortado, que se librara de los ataques del enemigo: sarcasmo, ironías, adulfaciones, mentiras, bajezas, todo lo puso en juego, hasta que por fin consiguió arrear una trambitina de mil diablos, convirtiendo el jardín en otro campo de agramante.

— ¡Quéremos ser libres, tuyos y libres! Romper las trabas que nos sujetan, repetían á coro las sublevadas.

Esto era precisamente lo que al diablo le hacía falta, porque sin el consentimiento de la víctima, la tentacion no sólo es estéril, sino que además redundaba en provecho del que la resiste.

Una vez obtenido el fatal consentimiento, el diablo no se anduvo con paños calientes; de un vuelo se plantó sobre una nube más negra que boca de lobos empujola, y quedándose pendiente en el limbo del jardín, descató, á contentarse, los tonbellinos, y verjas, valladores, estufas, ardores, estijas, puntales y campanas de nido, todo cuanto resguardaba las flores del jardín, que lo hecho trizas ó desparramado por el suelo.

La pared, que no estaba muy firme, que digamos, desmoronose por completo, envolviendo en sus escobros á las valientes madreselvas.

Las flores eran ya libres... tan libres, que algunas volaban por el viento, mientras otras se arrastraban por el fango, hasta las raíces salieron de sus casillas, asomando algunas á flor de tierra, temblorosas y despoluznadas con el susto.

La nube descargó granizo: tamaños como nueces, y el chubasco no dejó surco ni arriate que no destriera; el jardín era un fangal; y cada paso un peligro. El jardinero incapaz de hacer frente al huracán y á la tonment, se había refugiado en la cabaña vecina, dando gracias á Dios por haber salvado la pelleja. Muchos pajarrillos y hasta inocentes palomas